

Freitag, un Raabe, ó quien se quiera,—Además, entre nosotros se reduce en rigor la diferencia de la novela y del cuento á las dimensiones, y en Alemania no es así, pues como observa bien Eduardo de Morsier, *El vaso roto*, de Merimée, que tiene pocas páginas, es una verdadera novela (roman), y *La novela de la canonesa*, de Heyse, es una *nouvelle* y ocupa un volumen. En España no usamos para todo esto más que dos palabras: cuento, novela, y en otros países, como en Francia, v. gr., tienen *roman*, *conte*, *nouvelle* ú otras equivalentes. Y sin embargo, el cuento y la *nouvelle* no son lo mismo. Pero lo peor no es esto, sino que se cree con aptitud para escribir cuentos, porque son cortos, el que reconoce no tenerla para otros empeños artísticos. El remedio de este espejismo de la vanidad depende, en el caso presente, de los directores de los periódicos.

De todas suertes, bueno es que las columnas de los papeles más leídos se llenen con narraciones y desahogos que muchas veces son efectivamente literarios, hurtando algún espacio á los pelotaris, á la causas célebres, á los toros y á los diputados ordinarios.



III

Historia del descubrimiento de América

POR

EMILIO CASTELAR

(4 Noviembre, 1892.)

La distancia tiene á veces ciertas virtudes del tiempo; los países extraños suelen hacer el oficio de posteridad. Victor Hugo, por ejemplo, ha sido mejor juzgado, en definitiva, por la multitud de pueblos que le proclamaron gran poeta, que por los literatos franceses que le veían de cerca y se fijaban en sus lunares y en las arrugas de su vejez. Algo parecido había pasado antes con Byron.

Castelar, aunque cuenta con el cariño y la admiración de su patria, aquí tiene hasta pretendidos rivales, y por lo que toca á incienso oficial, á honores académicos y otras distinciones por el es-

tilo, muchos le ponen el pie delante. Para no pocos españoles, Castelar es *uno* de nuestros primeros oradores, uno de nuestros primeros hombres públicos... Para el resto del mundo, Castelar es la gloria española por antonomasia, entre las contemporáneas. Aquí, hasta los que consideramos al Sr. Cánovas como una antipática medianía, nos hemos acostumbrado á oír: Castelar y Cánovas, y aun, Cánovas y Castelar; fuera de España, á no ser para los especialistas en política europea, si Castelar suena tanto como cualquier gran nombre, Cánovas suena... como ahora me sonaría á mí el nombre del presidente del Consejo de Ministros de Grecia, si me acordara de cómo se llama. Pero, sin descender hasta ese punto en la comparación, puede verse algo análogo en cualquier otra. Busquemos otro nombre español, entre los personajes vivos, que no sea de oropel, de fama oficial, impuesta por la fuerza del poder (¡cuánta parte de su *gloria* debe Cánovas á Martínez Campos!); citemos, por ejemplo, al gran Zorrilla, el poeta español del siglo XIX. Donde quiera que se hable ó se entienda el castellano, Zorrilla suena á tanto como pueda sonar cualquiera; á los pocos extranjeros (no llamo extranjeros á los americanos *españoles*) que saben de literatura española contemporánea, Zorrilla les parecerá una figura tan gloriosa como la que más lo sea... pero su

fama no llega donde la de Castelar. De Castelar saben esos millones de hombres que para citar un libro español tienen que acordarse del *Quijote*.

Castelar en París obtuvo honores que no se dedicaron jamás allí á ningún extranjero; Castelar acaba de ser invitado por los Estados Unidos para visitar, rodeado de excepcionales obsequios, la Exposición de Chicago, con una representación que vale tanto como una triple corona... La representación que á Castelar quiere dársele no podría llevarla ni el jefe del Estado español... mucho menos su primer ministro responsable.

En España... Castelar nunca ha sido presidente del Ateneo, ni presidente de la Academia, ni presidente de Congresos científicos, ni presidente de nada por el estilo; en España á Castelar todavía no se le ha consagrado una gran fiesta, un homenaje nacional, que otros han obtenido en una ú otra forma; ha llegado el Centenario de Colón y para Castelar no ha habido ningún puesto; Cánovas los ocupaba todos... Castelar ha tenido que contentarse con escribir un libro que será una de las poquísimas cosas que queden del Centenario.

*
* *

Para mí uno de los espectáculos más hermosos,

más animadores y más interesantes que puede presentar la vida humana es el que ofrecen los pocos sabios que en el mundo han sido (sabio, cualquier alma grande que *sabe* de su grandeza), dándose la mano á través de las generaciones y á través de las grandes distancias, formando una cadena que es en las obscuridades del mundo como un sendero de luz que señala el camino á la vacilante razón del hombre. Un grande hombre que comprende y ama á otro como él, es lo más sublime de la belleza espiritual. Aquiles y Homero, en la leyenda, el heroe y el poeta, son símbolo de esta hermosura. Y en la realidad Jesus y Pablo (el amor de San Pablo á Cristo hace llorar de entusiasmo, San Pablo no vivió con Jesus como San Juan y San Pedro, le adivinó después, ¡qué fe la de San Pablo, qué idealidad amorosa la suya!), Sócrates y Platón (éstos sin el mérito de la *distancia*), Dante y su Virgilio, San Francisco y Jesus, Santo Tomás y todos los grandes Padres antiguos, cuya obra tomó en peso y defendió con portentoso genio; y dando un gran salto, Goethe comentando á Shakespeare, Carlyle comentando á Goethe y á Mahoma. ¡Cuánta grandeza, cuánta hermosura, cuánta esperanza para la idealidad de la vida en este encadenamiento de espíritus nobles y profundos!

Al llegar el momento en que los pueblos más y mejor civilizados, los de Europa y los de Améri-

ca, quisieron aprovechar la primer ocasión propia para reflexionar con suficiente madurez de juicio, acerca de la gran obra llevada á feliz remate por el descubridor del Nuevo Mundo, era necesario, para que á Colón se le hiciera la debida justicia, que una voz de armonía, la palabra de un pensador y de un artista se levantara sobre el tumulto de los análisis empíricos, de las controversias apasionadas, para consagrar al insigne navegante lo que ante todo debe ser este memorandum secular en que la humanidad se para como á saborear sus glorias; un gran canto épico, al modo como hoy pueden ser estas cosas, es decir, una historia filosófica, artística, documentada y pintoresca, sin el andamiaje de la erudición, pero no sin sus frutos, sin la falsedad de la leyenda y de la novela, pero no sin sus atractivos y su verdad sentimental y sintética. Este canto épico, esta noble historia sólida, pero no pesada; sabia, pero no pedantesca; filosófica, pero no abstracta, la ha escrito Castelar, el español que goza, porque gozar es, de las intuiciones más puras y altas del amor patrio histórico, del genio misterioso de nuestra tierra. Otros, menos afortunados, sentimos ese patriotismo *arqueológico* de manera más vaga y menos intensa; comprendemos que España fue grande, pero si nos ponemos á explicar el por qué, balbucimos vaguedades subjetivas, ó caemos en la

rutinaria exposición de los lugares comunes de la patriotería clásica: mas hombres como Castelar (y en determinada esfera de la actividad Menéndez y Pelayo) cifran gran parte de su genio en la clara visión y en el amor intenso de esa patria histórica, en la compenetración original y espontánea del espíritu nacional, según se realizó en los siglos más gloriosos... Felices ellos, y felices nosotros si algún día, á fuerza de pensar y sentir y estudiar, y con la madurez de la vida, llegamos á ver por propios ojos lo que hoy sólo barruntamos por estremecimientos que la sublimidad del misterio entrevisto nos produce de vez en cuando, particularmente al ver á los privilegiados pintar con elocuencia sus amorosos deliquios al contemplar la España de nuestros mayores.

No diré yo que todos los escritores y eruditos que se han dedicado á demostrarnos que Colón no era un hombre perfecto hayan sido injustos ni mal intencionados; pero es lo cierto que aun concediendo que en tal y cual punto concreto tuviesen razón algunos de ellos, la obra total resultaría una injusticia que clamaría al cielo, por ser quien era el injuriado y por la inoportunidad del intento, si no hubiera habido una voz superior á todas esas, por el mérito artístico, por la trascendencia de su labor, para ofrecernos la gran síntesis de la epopeya colombina en un libro artístico,

filosófico, que no necesita ser apologético para ser un glorioso homenaje á la memoria del genovés más ilustre.

¿Quién podía disputar á Castelar esta gloriosa tarea? Nadie; y nadie se la ha disputado. Los poetas, los verdaderos, han comprendido que la poesía heroica del día está en la historia, al modo como la escriben y entienden los grandes maestros modernos. La misma novela arqueológica, género secundario, que si ha tenido pasajeros momentos de esplendor, pronto ha desmayado siempre, v. gr. en su reciente florecimiento alemán con los Freitag y los Eber, esta misma novela histórica se deja eclipsar, sin lucha sería, por los grandes monumentos que los historiadores artistas consagran á la memoria de aquella parte de la vida pasada, cuyo recuerdo cabe que sea resucitado por las generaciones modernas.

En España, donde Menéndez y Pelayo tan bien pintó las cualidades de la historia artística, no tenemos, en la historia pragmática á lo menos, obras que puedan competir con las de los Renan, los Grote, los Mommsen, los Gregorovius, los Max Dunker, los Michelet, etc., etc. El nuevo libro de Castelar puede decirse que es el primer trabajo que en este género se intenta, y no es éste uno de sus méritos menores. Aquel deseo que expresa Macaulay al comenzar su análisis de un libro his-

tórico de Hallam de que se junten en la obra del historiador las cualidades del novelista arqueológico y las del filósofo de la historia abstracta, se ve cumplido en el *Colón* de Castelar, donde la imaginación y la *asociación* de ideas, que tanto estima el gran crítico inglés (y aun la asociación de imágenes), se juntan, con todo su prestigio sugestivo, á las cualidades del historiador, pensador, filósofo y hombre de Estado, algo Vico y algo Maquiavelo, cualidades que hacen posible que el estudio histórico sea una filosofía con su carácter de reflexión *a priori*, en el alto y fecundo sentido en que Cristiano Baur, el gran teólogo historiador de Tubinga, exigía á la historia esta condición de obedecer á una idea que la presida y explique.

El mismo Taine, el historiador positivista por excelencia, ha dicho claramente que en definitiva la historia verdadera era la historia del corazón. Esta declaración preciosa del gran partidario de los *petits faits* no contradice su sistema, y así lo vemos confirmado en el libro de Castelar, donde, si se vé el propósito de llegar, como á un triunfo, al alma de los sucesos, á la confirmación de una idea directiva, á la confirmación de algo espiritual, por el cúmulo de los hechos, es contando con la multitud de éstos, bien observados y bien interpretados, sobre todo bien ordenados y rela-

cionados en omnilateral relación, para exprimirles, por decirlo así, todo el jugo significativo.

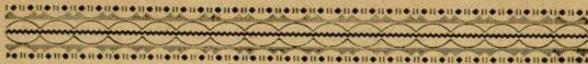
Por cumplir con esta doble tarea del historiador verdadero, parece Castelar aquí por un respecto un idealista extremado, pues va sin vacilar y sin hipocresía de falso *positivismo* á buscar en los hechos el fondo racional que encierran; y por otro respecto parece un *realista* de la historia, pues no se cansa de referir su asunto á todo cuanto en él pudo influir por razón del tiempo, del clima, de la política, del arte, de la religión, de la vida económica, de la vida científica, del ambiente general social, de los influjos familiares, hereditarios, étnicos, geográficos y otros muchos. De este empeño se origina en la *Historia del descubrimiento* de Castelar lo que puede parecer á muchos no defecto, pues es exceso, pero sí cosa que dificulta la lectura y que diluye el interés. Algunos dicen que habla Castelar de demasiadas cosas, que hay demasiadas resonancias universales en esta vida de Colón. Verdad es que viene á ser esta obra como una especie de epopeya en prosa de los días aquellos en que cambió con tan violento recodo el camino que seguía la civilización nuestra; epopeya en el sentido en que entienden la palabra muchos tratadistas, como nuestro D. Francisco Canalejas, á saber: especie de enciclopedia poética de una edad, cifra de una civilización en un mo-

mento de la historia. Eso es, en efecto, el libro de Castelar, y por eso abulta tanto; pero ¿qué mal hay en ello?

Sin embargo, como no se trata de adular al gran artista de la palabra, sino de hacerle justicia cual á todos, declaro que, á mi juicio, pudo haber sido el libro no tan largo, sin perder esas capitales condiciones de que vengo hablando. No está el mal en que Castelar relacione su asunto inmediato con todos los asuntos históricos, filosóficos, religiosos, artísticos, etc., etc., con que, en efecto, se roza, y por los que de lejos ó de cerca es influido, pero acaso pudo hacerse eso mismo cuidando un poco más la economía literaria, arrojando un poco de lastre oratorio, simplificando algunas imágenes y tendiendo, en cuanto la índole del estilo *necesario* del autor lo consintiera, á la forma narrativa y descriptiva ordinaria en obras de este género, que no exige la gran estrofa periódica de la elocuencia lírica de nuestro orador incomparable. De todas maneras, no sería mucho el papel que se hubiera podido ahorrar, porque no pocas veces se vé al autor buscando en la concisión la brevedad, á que no se prestan fácilmente la infinidad de ideas y de *hechos* que sin falta tiene que exponer. En resumidas cuentas, el lunar más importante que se puede señalar en ese libro se origina de que Castelar no puede dejar nunca de ser un gran orador, cas-

tizo, grandilocuente, armonioso y con exceso abundante; y se origina también de que Castelar no puede dejar de ser el historiador filósofo y político de las grandes y geniales síntesis, en las que tanto le ayuda su portentosa memoria, que no puede compararse con un archivo ni una biblioteca, sino con un monstruoso museo, monstruoso por lo inmenso, pues Castelar no recuerda infolios, no recuerda manuscritos empolvados, sino cuadros, grandes cuadros, el pasado redivivo, con sus colores, sus formas, sus movimientos y sonidos, merced á la magia de una fantasía que va pintando en el cerebro las bellezas, que en seguida va esculpiendo la palabra.

Por lo cual no diré que el libro de Castelar se lee de un *tirón*, porque sería este un elogio vulgar, y aquí falso; no se lee de un tirón, como no se lee de un *tirón* el Romancero ni la Divina Comedia. Id saboreando cuadro por cuadro, capítulo por capítulo, con la lentitud en que se complace el deleite, y al llegar al fin no os habrá parecido el libro largo, á pesar de sus 592 páginas grandes y de compacta lectura. Y como también lo malo debe tomarse en veces, dejo para otro *Lunes* esta agria prosa mía, y entonces acabaré de decir lo que me había propuesto acerca de libro tan solicitado por innumerables lectores de Europa y de América.



IV

MI RENAN

(5 Diciembre, 1892.)

Con este título saldrá á luz, acaso en breve, uno de mis humildes folletos literarios, y los siguientes renglones desordenados no son parte de ese folleto, pero sí apuntes que para él podrán servirme de memorandum.

Mi Renan: como podría decir (y diré pronto) *Mi Castelar* (no porque Castelar vaya á morir-se), *Mi Goethe*, *Mi Zorrilla* (que también pienso decir).

Nadie responda más que de sí mismo. El Renan que yo veo no es el que vé, por ejemplo, monsieur Deschamps, del *Journal des Debats*, que hace del autor de *Emma Kosilis* una especie de Littré aficionado á la música... filosófica.

El que quiera convencerse de la falta que hace

decir *mi* Renan, fíjese en lo que está sucediendo con las necrologías del ilustre sabio que esta temporada publican los periódicos. Prescindiendo de los que no tienen más criterio que el que tenía *Larousse*... hace años, ó del que tienen Vapereau ó Gubernatis, y refiriéndonos solo á los que lo tienen propio ó copiado con disimulo, ¡qué de contradicciones! ¡Cuántos *Renanes* nos han dado esos periódicos de aquende y allende el Pirineo!

Todos están conformes (¿cómo no?) en elogiar las virtudes, el talento, el arte del escritor insigne, pero al juzgar sus ideas, sus tendencias, el alcance de su *obra*, ¡qué de diferencias! (Digo todos, porque no cuento á los fanáticos.)

Bendigamos la *voz del pueblo*, á veces de Dios, que se ha impuesto y ha obligado á reconocer y respetar la virtud del austero y alegre discípulo de Marco Aurelio; pero reconozcamos también que particularmente los que se han permitido adelantar juicios propios... no siempre han dejado de desbarrar.

Para quitarnos el mal sabor de tantas conjeturas, de tantos juicios arbitrarios y precipitados y parciales; para poder ver á Renan debajo de esas coronas, no todas de laurel, ó de rosas, ó de mirtos, que han acumulado sobre su cadaver, vayamos á Renan mismo.

Mi Renan va á inspirarse en eso; en la lectura

de Renan, hecha con toda el alma, con el corazón abierto á los efluvios de simpatía que de estas páginas emanan como un perfume.

Por hoy, en estos apuntes, no quiero recordar más que algunos textos que tengo á la vista y otros que no recuerdo al pie de la letra, pero sí con exactitud respecto á su idea.

Vayamos á lo más reciente, á la interpretación más auténtica del pensamiento de Renan; á su último libro *Feuilles détachées*.

Esta obra es continuación y complemento de la ya tan popular y celebrada que se titula *Recuerdos de la infancia y de la juventud*. Esta ya se ha traducido, bien ó mal, en español; *Hojas sueltas* no.

Emma Kosilis se titula el primer artículo de este libro. Se trata de una mujer bretona, heroína de un amor idealista, obstinado, invencible. Y dice Renan, al hablar de la melancolía contemplativa de los de su raza (de que tanto nos dijo ya aquel Chateaubriand que se abismaba, siendo niño, en la contemplación solitaria del amor y de sus ensueños): «Hay pocas *vidas fuertes* en cuya base no se encuentre el *secretum meum mihi* de los grandes solitarios y de los grandes hombres. El amor de la soledad viene generalmente de un pensamiento interior (así dice) que lo devora todo en derredor suyo. Un día citaba yo á mi hermana

la frase de Kempis: *In angello cum libello...* y ella la tomó por divisa. Vivir entre sí mismo y Dios es la condición para influir en los hombres y dominarlos... No sabrán jamás los hombres nada de esos ejemplos extraordinarios de fuerza moral con que se regocija *El Eterno*, celoso testigo de las almas, que guarda para sí los más hermosos espectáculos... El temperamento melancólico, ¿lo diré? es, en algo, el temperamento de *El Eterno*. La *delectatio morosa* de la Edad Media es, en cierto sentido, la fórmula suprema del universo...»

Un sabio, que no se atreve á dar la cara, le ha dicho al *Figaro* que Renan no creía en Dios. Y Mr. Deschamps, antes citado, afirma que el fondo del pensamiento de Renan era la negación de lo transcendental y una resignación filosófica ante la evidencia del final desencanto. En fin, quieren hacer de él un positivista más de los que dan por cierto que no hay realidad alguna que responda á las esperanzas de idealidad y justicia divina con que la humanidad, débil de corazón y pensamiento, se consuela.

Según Deschamps, los textos de Renan en que no habla como sabio positivista, sino como idealista de anhelos religiosos, no son más que actos de piedad para consolar y entretener al vulgo, á la masa profana de lectores que no pueden penetrar en las profundidades de la ciencia. Lo serio,

lo sincero en Renan, según Deschamps, es un puro estoicismo; y esto, añade, lo saben los que están en ciertas interioridades.

Yo, pese á todas las confidencias, sostengo que no hay razón particular para dar más fe á los textos y á las conversaciones en que Renan se inclina á la negación de *una conciencia central*, como él dice refiriéndose á Dios, que á los textos en que da por real la existencia Divina ó que muestran una piadosa esperanza en *el Eterno*. Una psicología algo sutil y exacta en su observación tal vez daría más valor, por lo que toca á interpretar el fondo de la idea de Renan, sobre todo el de su sentimiento, á las expansiones de su espíritu, cuando escribe de lo que le llega á él más al alma, de sus amores, de sus ideales, de sus recuerdos, que cuando habla bajo la potente influencia de la filosofía predominante en su país, en su tiempo. Á pesar de que Renan ha sabido en muchas ocasiones hacerse superior, que así puede decirse, al intelectualismo absorbente y frío y limitado de la filosofía francesa tradicional, muchas veces también se deja influir demasiado por el ambiente positivista que le rodea; y pese á sus alardes de *dialoguismo*, es decir, de elevarse á ver con igual valor y fuerza los dos ó más aspectos de una cuestión filosófica, en multitud de afirmaciones suyas se puede notar

que no es tanta como le parece su independencia respecto de las doctrinas parciales y exclusivas que en su tiempo predominan. Así, ha dicho muy bien Mr. Barrés al afirmar que Renan, aparte de lo que en él es puro genio, cosa espontánea, como sabio y pensador pertenece al periodo que va de la revolución de 1848 á los años de 1875.

Tal vez no se debiera fijar las fechas con tal exactitud, pero es indudable que en la parte de Renan que Mr. Deschamps quiere que represente el fondo de su idea, influyen elementos *experimentalistas* que hoy no representan el último estado de la conciencia filosófica. Lo que á mi ver faltó á Mr. Barrés añadir, es que hay en la obra de Renan otros elementos más suyos, más espontáneos y originales (la fe es lo más original que puede haber, ha dicho Carlyle) que hacen del autor de *Marco Aurelio* uno de los mejores maestros de las modernísimas tendencias del espíritu filosófico europeo en el sentido de un gran renacimiento de idealidad. Bien que el mismo Barrés viene á reconocerlo al afirmar que en la influencia de Renan hay una iniciación religiosa.

Si que la hay, sí. Por eso podemos ser ardientes partidarios suyos, de su corazón y de su imaginación, sobre todo los que no le seguimos

cuando se agarra al empirismo de los positivistas de su tierra y de su época.....

.....

Por lo demás, el que quiera ver al Renan más *íntimo* que cabe, hablando de Dios con unción que sería absurdo suponer fingida, lea las páginas inéditas que días atrás copiaba *Le Figaro* de un folleto que el gran poeta historiador consagró hace tiempo á su hermana, muerta en Palestina, folleto que él no quiso que se vendiera al público.

Al pintar el alma pura de su pobre Enriqueta, y recordar la muerte de aquella esclava de la idealidad dolorosa, del deber sacrosanto, Renan, como un místico, señala la inmortalidad de los espíritus nobles en el *recuerdo de Dios*: «Vivir en la conciencia de Dios, dice, es la mejor inmortalidad que cabe.»

Positivistas de este género no son de los que llevan al mundo al atoladero de una prosa miserable.....

.....

«Señor, exclama Renan en cierto prólogo célebre, el que menos cree en tí, desea ardientemente que existas, catorce veces al día...»

En la *Abadesa de Fouarres* se dice: «Dios, mas, probable que la inmortalidad.» (La inmortalidad en el sentido vulgar, corriente, limitado, casi materialista, antifilosófico.)

Por último, al morir, dijo Renan á su mujer:

«Resignación, valor; quedan la tierra... y el cielo.»

Y á su hijo, al dictarle un artículo (deliraba, pero ¿quién sabe lo que podía haber de luz en el fuego del delirio?), un artículo que se llamaba *Ya veo claro*, le decía estas palabras, las últimas que salieron de sus labios:

«*Que salga el sol del lado del Partenon.*»

Y el *Partenon* no es el ateísmo.

.....



V

JUSTICIA DE ENERO

(6 Enero, 1893.)

Ya no está de moda, de poco tiempo acá, lo que llaman muchos el *pesimismo*, ó sea el quejarse de las evidentes tristezas, de los desengaños reales, de las deficiencias y amarguras que ofrecen á montones la naturaleza y la sociedad, su producto.

Por desgracia, las lacerias humanas no desaparecen, aunque deje de ser de buen tono el quejarse de ellas.

No seamos *pesimistas*—porque no hay para qué,—si no hemos llegado á la evidencia científica de que el universo es lo más malo que cabría imaginar que fuera: fijese bien el lector y verá que sólo tiene derecho á llamarse *pesimista*, en el riguroso, exacto sentido de la palabra, el que